

Historia

LO MAS ABSURDO

EN TORNO

A UNAS

"MEMORIAS"

Sin duda ninguna se habrá advertido que desde hace algunas semanas están apareciendo en la prensa, comentarios y notas en torno a la publicación de un libro titulado "Memorias", del que fue autor un científico francés llamado Juan Bautista Boussignault.

Brevemente hemos de indicar que Boussignault era un profesor de ciencias que muy joven vino a Colombia contratado en 1822 por el Vice Presidente Francisco Antonio Zea, para un lapso de cuatro años durante los cuales debía de fundar y dirigir en Bogotá una escuela de ingenieros civiles y militares.

Durante ese tiempo hizo observaciones científicas sobre física e historia natural; y así mismo acumuló curiosamente numerosos datos históricos y anecdóticos, oídos unos, y otros de propia experiencia, sobre política, vida social y personajes importantes de la época y de los países bolivarianos que había visitado.

De todo ello escribió más tarde muchas páginas que dejó inéditas. Después de su muerte sus familiares las editaron en París, entre los años 1892 y 1903, en cinco volúmenes, con el título general de "Memorias".

Todo lo que en esos volúmenes se refiere a Venezuela fue traducido al castellano, hace pocos años, por el recién fallecido escritor Don Enrique Planchart, para publicarse en un tomo

que editaría la Biblioteca Venezolana de Cultura del Ministerio de Educación en la sección titulada "Viajes y Naturaleza". De hecho se llevó a cabo la impresión de este volumen, cuyo pie de imprenta fue de 1948 en Caracas. Pero terminada la edición, el libro no se llegó a poner en circulación, sino que de inmediato el propio Ministerio de Educación dio orden de que se incinerase íntegramente toda la edición, como en efecto se hizo. Salvóse sólo algún raro ejemplar, que habrá de servir de intriga y curiosidad a futuros bibliógrafos.

¿Qué poderosa razón movió al Ministerio para proceder en forma tan terminante en contra del libro recién impreso? Simplemente una, que creemos de absoluto valor. Dado que las páginas de Boussignault contenían numerosos juicios inexactos y apreciaciones desdoras contra la persona del Padre de la Patria, y de algunos de nuestros más eximios próceres, resultaba absurdo que una Biblioteca oficial del Edo. venezolano, cuyo fin es servir a la educación, y formar sentido de Patria, apareciese propagando oficialmente entre los venezolanos y extranjeros, semejantes páginas falsas y ofensivas contra los creadores de la nacionalidad. Tal fue el criterio justo y absolutamente plausible que debió guiar al entonces Ministro de Educación, según sus propias y recientes declaraciones.

Semejante proceder no puede menos que merecer de todos los venezolanos y de todos los sinceros amantes de la verdad y de la gloria del Libertador, sino la más franca aprobación y respaldo. Y así lo queremos declarar de nuestra parte.

Otra cosa totalmente diversa, y libre de discutirse, es la referente a la conveniencia de que se haga por algún particular, o por alguna editorial comercial, una edición castellana de esas "Memorias", para que se conozca su contenido, y se les haga el juicio histórico-crítico que merezcan; para que luego pasen a formar en el triste montón de las obras denigrantes y falsas que en todo tiempo se han escrito contra el Libertador. Y en este caso, como en otros semejantes, las páginas de Boussignault nada nuevo vienen a añadir a las manidas consejas que otros escritores ya han divulgado; ni nada restarán tampoco a la depurada firmeza de la gloria del Padre de la Patria.

Hechas estas necesarias consideracio-

nes preliminares; nuestro intento ahora no es entrar a hacer comentario o análisis alguno acerca del contenido mismo de dichas "Memorias". Lo que juzgamos necesario comentar, y decididamente puntualizar, es algo del contenido y del tono que casi uniformemente se advierte en esas notas y comentarios aparecidos en la prensa de estos días, salidos no sólo de la pluma de quienes carentes de autoridad histórica o crítica se han expresado en forma demasiado superficial, sino aun de la de algún acreditado historiador.

Porque es el caso que en casi todos esos artículos hemos encontrado, —con gran extrañeza—, que se da una lamentabilísima confusión, o mejor diremos una inexplicable mescolanza y equiparamiento, en las consideraciones que se hacen respecto de algunas de las personas mencionadas por Boussignault.

Cuando este escritor expresa afirmaciones y juicios, que sabemos son falsos o inexactos, respecto del Libertador, toda nuestra indignación resulta justificada, y así mismo será justificado cuanto hagamos por restablecer o esclarecer la verdad. Y esto de manera especial cuando se trata de asuntos que conciernen a la obra específicamente patriótica y libertadora del Padre de la Patria.

Pero resulta grotesco y como una imperdonable ofensa contra el propio Bolívar, el colocarse en el mismo plano, —como muchos lo hacen—, y emplear el mismo tono tanto cuando protestan por los desacatos inferidos a nuestro Héroe máximo, como cuando se molestan por los burlistas o incluso equivocados comentarios de Boussignault acerca de una pública mujer adúltera y descocada concubina como Manuela Sáenz.

Nunca como en este caso podría emplearse respecto de Bolívar y de su pobrecita concubina, aquella sencilla frase popular: "juntos, pero no revueltos". Cierto que es un hecho histórico, y muy de lamentar, —digan lo que quieran los defensores de una mal entendida virilidad—, el caso de las relaciones, ilícitas desde todo punto de vista, entre Bolívar y la Sáenz. Cierto que ambos anduvieron juntos; pero en manera alguna podemos pretender hacerles la defensa, mezclando y revolviendo ambos nombres en un plano de igual importancia, ni mucho menos querer hacerles acreedores a igual respeto. Eso, jamás!

Porque para nosotros Bolívar tiene

toda su gloria, y se merece todo nuestro respeto a causa de la obra patriótica en grado heroico realizada con entrega total de su corta vida, sin perdonar sacrificio alguno. Este es el héroe a quien rendimos nuestro homenaje de admiración y de elogio, al mismo tiempo que ponemos a un lado, —queriéndolas olvidar—, aquellas acciones que hubo en su vida privada, desdorasas para su nombre, y que nos lo muestran como un simple hombre sujeto a la ley del pecado. Sobre estas acciones, sólo los buenos hijos del Padre de la Patria saben echar el mnato del respeto y del silencio, como en otro tiempo los buenos hijos de Noé sobre la desnudez de su padre dormido. Creemos, sin duda ninguna, que si hoy el Libertador se alzara por un momento de su tumba y se enterara de la desleal y casi morbosa complacencia con que algunos de sus innobles hijos o pretendidos defensores de su gloria, se regodean en comidilla picaresca sobre sus deslices morales, y tratan de hacerlos valer como otro título de su gloria, increparía a quienes así proceden y les negaría todo título de hijos, lanzándoles tal vez una frase semejante a la que también Noé lanzó sobre aquel descastado hijo Cam por su nefando impudor.

Junto a Bolívar el patriota, el militar indomable, el político perspicaz, el Libertador de naciones, el Padre de la Patria, no puede ni debe ponerse jamás en absurda mescolanza el nombre de una mujer cuya única credencial es la de haberle servido de concubina de turno durante algún tiempo, y sobre la que pesaba el reato de su público y escandaloso adulterio.

El propio Bolívar, a pesar de la fuerte pasión que sentía por aquella mujer, bien comprendía lo ilícito de tales relaciones, y aun lo perjudiciales que eran para la raelización de su obra suprema y la limpieza de su gloria y de su nombre. Y así tenía que ser. Porque, quien dictaba constituciones, y elaboraba leyes, y daba decretos, todo ello encaminado a regular la vida social y moral de los pueblos libertados por su espada, no podía sentirse bien al encontrarse que como primer ciudadano y primer mandatario, estaba siendo ejemplo público de violación de las más sagradas leyes naturales y divinas.

Así se explica cómo en más de una ocasión venciendo los enredos de aque-

lla pasión que lo dominaba, le escribiese a la propia interesada manifestándole lo impropio e insostenible de aquellas relaciones. "Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor:", le dice en una carta de 1825; y en otra le expresa en términos apremiantes y precisos que aquella situación es asunto "de deber y de falta".

Y es que Bolívar, por encima de sus debilidades de hombre apasionado, conservaba claro el sentido del deber, para no desconocer ni disimular su falta, y tenía la suficiente sinceridad consigo mismo para llamar las cosas por su propio nombre. Estaba muy lejos de su pensamiento querer justificar lo injustificable; ni mucho menos pretendía dar carta de ciudadanía a sus flaquezas, bajo alguna de esas falsas fórmulas con las que modernamente quieren algunos hacer creer que el adulterio público, y el concubinato descarado son nada menos que elogiabiles manifestaciones de la pasión de dos seres. Y que por ello, tal proceder no debe en manera alguna considerarse ilícito, y que quien pensare o dijere lo contrario está fuera de razón.

Ha habido en estos últimos años, —no sabemos con que fin—, un como movimiento algo generalizado sobre todo entre escritores de países bolivarianos, que trata de exaltar de insospechada manera la figura de esa mujer que tan funesta influencia ejerció sobre nuestro Libertador. Entre otras cosas, se ha abusado en extremo del significado meramente episódico de la manida frase de "Libertadora del Libertador", con la que se ha apodado a Manuela Sáenz.

Sabido es que la historia de todas las épocas, y de los más diversos países, nos muestra con casos incontestables cómo el derrumbe y el fracaso de la obra y aun de la personalidad de prominentes hombres de Estado tuvo su origen y causa en el momento en que sus vidas se enredaron en torpe pasión por alguna mujer que logró subyugarlos. Son tantos y tan sorprendentes los ejemplos de esta dura experiencia, que resulta innecesario detenernos a enumerar algunos. Típico, entre ellos, fue el caso de Napoleón. Y en la misma época, acá en América, un caso paralelo es el de Bolívar. Nada menos que historiador tan poco sospechoso de moralista exagerado como nuestro Gil Fortoul, no duda de afirmar paladinamente, refiriéndose concretamen-

te a los años en que el Libertador cayó en las redes de la Sáenz, y a aquellas intrigas amorosas que no pocas veces llegaban a extremos increíbles, que "allí empezó a flaquear su organismo y a decaer su genio". Y adviértase que esto ocurría precisamente cuando a Bolívar le quedaba aún por hacer la parte más trascendental de su obra, que era nada menos que la consolidación y organización política de los pueblos recién libertados.

Ante esta terrible y lamentabilísima realidad del derrumbe de su genio, encontrándose enredado en aquella pasión adúltera, muy poco o nada significa aquel episodio incidental ocurrido en el asalto armado a la residencia del Libertador, en la noche de la conjuración de setiembre, cuando fue Manuela Sáenz la que con sus palabras y ademanes despistó e hizo perder tiempo a los asesinos, dando con ello ocasión a Bolívar para que huyese por una ventana. ¿Qué con ese gesto le salvó la vida al héroe? Demos que así fuera! Pero séanos también oportuno preguntar: ¿qué fue lo que más seguridad dio a los asesinos para la ejecución confiada de su golpe criminal, sino el saber lo entretejido y descuidado que estaba Bolívar, pasando las horas en convivencia con aquella mujer fatal? ¡Seguros estaban de que allí lo cazarían a mansalva!

Y considerando el caso desde un punto de vista más grave: ¿qué fue, preguntamos, lo que entre otras cosas motivó aquel criminal atentado, sino el estado de grave intranquilidad política, creado por la palpable decadencia y desprestigio a que aquellos frenéticos amores habían conducido a Bolívar?

Por donde bien podemos afirmar que en realidad Manuela Sáenz el título que con toda propiedad debía de ostentar es el de "La Perdedora del Libertador".

Jamás debe, pues, intentarse exaltar la memoria de quien tanto daño vino a causar. Y menos aún debe mezclarse a la gloria del Padre de la Patria, el recuerdo vergonzoso de una pobrecita mujer adúltera que vino a ser junto al héroe nada más que esto: su pública concubina.

La verdadera historia pide para su nombre la caridad del olvido, y para los deslices del Héroe el manto del silencio.

Pedro P. Barnola, S. J.